

Cinco claves de Espiritualidad Ignaciana

**Una propuesta para las instituciones
de la Compañía de Jesús**

Prólogo	3
Capítulo 1: ¿Por qué la espiritualidad hoy?.....	5
Un par de actitudes... ..	6
Algunas preguntas para la reflexión... ..	7
Desde la vida de Jesús... ..	8
Capítulo 2: Instituciones contemplativas en la acción	9
Un par de actitudes... ..	10
Algunas preguntas para la reflexión.....	10
Desde la vida de Jesús... ..	11
Capítulo 3: Instituciones que comparten vida y misión	12
Un par de actitudes... ..	13
Algunas preguntas para la reflexión.....	13
Desde la vida de Jesús... ..	14
Capítulo 4: Instituciones en diálogo con el mundo	15
Un par de actitudes... ..	16
Algunas preguntas para la reflexión.....	16
Desde la vida de Jesús... ..	17
Capítulo 5: Instituciones que trabajan por la reconciliación	18
Un par de actitudes... ..	19
Algunas preguntas para la reflexión.....	19
Desde la vida de Jesús... ..	20

Prólogo

Aquí estamos otra vez, tú y nosotros. Tú, que empiezas a leer este documento. Nosotros, que hemos estado dándole vueltas durante un año. Detrás de ese “nosotros” está un grupo de jesuitas, laicos y laicas que formamos parte de la Comisión de Espiritualidad de la Provincia de Loyola. Somos un grupo diverso porque así es también la realidad de las instituciones vinculadas a la misión de la Compañía de Jesús, un poco como el arca de Noé, con ejemplares de todas las especies.

Lo ignoramos casi todo de ti. ¿Quién eres? ¿Mujer? ¿Hombre? ¿Te sonrío la vida o te golpea? ¿Eres creyente? ¿En qué crees y de qué dudas? ¿Eres una persona alegre, reservada, jovial? ¿Trabajas en algún colegio? ¿En ALBOAN o en el Centro Ellacuría? ¿En la Universidad de Deusto? ¿En alguna parroquia? ¿Te gusta la vida que llevas? ¿Cómo vives tus heridas? ¿Y tu condición de persona bendecida? Nada sabemos de tu historia, si hay muchos capítulos escritos o está casi todo por construir. Desconocemos tu rostro y tu nombre, dónde vives y lo que amas, tu soledad y tus fiestas, tus fracasos o tus metas.

Ni siquiera sabemos cómo hemos llegado a encontrarnos. ¿Cómo te ha llegado este documento? ¿Alguien te lo ha regalado? No importa demasiado. Tampoco importa mucho que te demos más datos sobre nosotros. ¡Qué más da! Al final los datos no dicen mucho sobre las inquietudes o esperanzas que te inspiran, los pasos recorridos o las cicatrices que van marcándote.

Pero aquí estamos. Llevamos ya juntos un minuto. Formamos una pareja curiosa. Tú, lector o lectora y nosotros, narradores. Tal vez nos separa, o quizá nos une, la edad, la manera de pensar, las lecciones aprendidas... Pero tenemos la sensación de que, a pesar de todo lo que nos distingue y nos hace personas únicas, compartimos mucho. En el fondo de nuestro ser compartimos anhelos, sueños, deseos, búsquedas e incertidumbres. Compartimos nuestra porción de lágrimas y risas. Nos encontramos en la sed profunda de amor que late en cada ser humano. Nos encontramos también en la necesidad de acogida, de que alguien nos abrace sin juzgar, comprenda nuestra fragilidad y vislumbre nuestra fortaleza; en la inquietud de vivir de verdad y en el ansia inagotable de encuentro y relación profunda.

Todas estas cosas tienen que ver con lo que llamamos “espiritualidad”. Este documento quiere contribuir a dar a conocer, reavivar o impulsar la espiritualidad ignaciana en las distintas instituciones de la Compañía de Jesús. Para alimentar esta espiritualidad en nuestros centros de trabajo se necesita el compromiso y la participación de las personas que trabajan en ellos. Por eso, este texto que tienes en las manos es también una invitación personal para ti. Con él, si quieres, podrás reflexionar en torno a tus opciones personales y profesionales.

El documento se divide en cinco capítulos, cinco claves que tienen que ver con nuestra espiritualidad. En cada capítulo se ofrecen un par de actitudes y algunas preguntas para abrir espacios de reflexión que hagan más ignaciana nuestra vida y nuestras instituciones. Cada capítulo contiene, al final, tres citas del evangelio que pueden ayudar a la oración y a profundizar en esas claves ignacianas.

Te invitamos a leer cada capítulo en clave de discernimiento orante, es decir, a que después de cada capítulo te hagas cuatro preguntas: ¿Qué he sentido? ¿Qué me ha generado luz, paz, alegría? ¿Qué me ha provocado inquietud o desasosiego? ¿Qué acciones concretas quiero tomar? Date tiempo para contestar estas preguntas. Es clave para sacar *mayor provecho* de estas páginas.

¿Dónde estás leyendo? ¿Estás en el despacho? ¿En el autobús? ¿En el sillón de tu casa? Gracias por querer compartir este tiempo con nosotros.

Capítulo 1: ¿Por qué la espiritualidad hoy?

¿Tiene sentido seguir hablando hoy de espiritualidad? Si te acercas a la sección de libros de El Corte Inglés o de la FNAC en las baldas de “espiritualidad” te encontrarás cosas tan distintas como el *Castillo Interior*, de Santa Teresa de Jesús, libros de yoga o *El Gran Libro de las Recetas de la Suerte*, del futurólogo Rappel. A todo este barullo hay que añadir que, incluso en el imaginario colectivo cristiano, se tiende a pensar que una “persona espiritual” es un beato o beata, una persona más bien mojigata, cuando no rara. En organizaciones vinculadas a los jesuitas, donde una parte significativa de los profesionales no comparte plenamente la fe cristiana, hablar de espiritualidad, ¿no es hablar más de lo que nos separa que de lo que nos une? Creemos que no.

La espiritualidad tiene que ver con la vida y con nuestra forma de vivirla. Tiene que ver con el ánimo con el que nos levantamos todos los días para ir a trabajar, con la manera de afrontar los problemas de los hijos o con nuestras relaciones con el vecino del quinto. Tiene que ver con nuestra reacción cuando, delante del espejo, las arrugas nos indican que vamos envejeciendo; tiene que ver con las páginas que visitamos en Google, con nuestro tiempo libre, o con el espíritu con el que sobrellevamos la enfermedad, nuestra o de un ser querido. Y tiene que ver, por supuesto, con lo que las personas creyentes llamamos Dios y con esa experiencia que cambia la vida hasta el punto de querer desvivirse por los demás.

Espiritualidad viene de “espíritu”, que originariamente significa viento, aliento. Indica libertad, brisa, algo difícil de encerrar y encasillar. Por eso, la espiritualidad no es patrimonio exclusivo de las religiones y de los creyentes. Muchas personas, quizás tú, alejadas hoy por distintos motivos de las grandes tradiciones religiosas, no renuncian por ello a cultivar su espíritu. En un mundo plural y en cambio no es fácil definir con exactitud qué es espiritualidad. Pero parece que los distintos itinerarios confluyen en algunos puntos fuertes: el cultivo de una sensibilidad humana profunda que desarrolle la empatía y la capacidad para elegir lo mejor; la salida de la perspectiva espontáneamente egocéntrica con la que nos situamos ante las personas y ante toda la realidad; la búsqueda de una forma de vida reconciliada, compasiva y solidaria.

Existe una coincidencia más: ¡qué difícil es intentar vivir con sentido de humanidad profunda! Entre otras cosas porque requiere tiempo y eso es, precisamente, lo que no tenemos. Nuestras agendas están siempre repletas. Nuestros días están llenos de cosas por hacer, proyectos por terminar, reuniones, documentos, emails que enviar, libros por leer, informes para entregar. Nuestras vidas parecen maletas repletas con la cremallera a punto de estallar. Hay un sentimiento constante de que tenemos tareas inacabadas, promesas incumplidas, propuestas inalcanzables. Siempre hay algo más que deberíamos haber recordado, hecho o dicho. Siempre hay gente con la que hace tiempo que no hablamos, a la que no escribimos o que no vemos. Estamos hasta arriba de ocupaciones y, al mismo tiempo, tenemos el sentimiento constante de que no hemos cumplido con todo lo que teníamos que hacer.

Lo extraño, además, es que es muy difícil no tener nada que hacer. Estar ocupado y ocupada se ha convertido en un símbolo de nuestro tiempo. Vivimos en lucha constante contra el reloj. Hace unos años podíamos pasarnos la tarde entera echando una partida al

Monopoly con los amigos o la familia. La última versión del Monopoly está diseñada para que las partidas no duren más de veinte minutos. Y políticos y periodistas tienen que desarrollar ideas sesudas en ¡59 segundos!

No sólo estar ocupado, también estar preocupado se ha convertido en un símbolo de nuestra sociedad. Los periódicos, la radio y la televisión nos hacen vivir en una atmósfera de constante emergencia. El tono de voz de algunos reporteros o reporteras, la predilección por sucesos trágicos y la cobertura hora a hora de la miseria humana van alimentando una atmósfera permanente de fatalidad. Y en lugar destacado se sitúa la avalancha de anuncios que advierten de lo que te puede pasar si no ves la entrevista con Fulanito, si no usas estas cremas contra las patas de gallo o si no pruebas aquellos yogures con bifidus y soja. Por si la vida no tuviera ya sus propias preocupaciones, algunos se encargan de fabricarnos otras.

Debajo de nuestras vidas llenas de preocupaciones se esconde, sin embargo, algo más. Mientras nuestras mentes y nuestros corazones están llenos de muchas cosas, y nos preguntamos cómo podemos estar a la altura de las expectativas que nos hemos fijado personalmente o que nos han puesto otras personas, tenemos al mismo tiempo un profundo sentido de estar incompletos. Mientras estamos ocupados y preocupados por muchas cosas, rara vez nos sentimos verdaderamente satisfechos o en paz con nosotros mismos.

Es aquí, en este reto de la vida, donde la Compañía de Jesús quiere seguir ofreciendo lo mejor que tiene de sí misma, su espiritualidad. La espiritualidad ignaciana no consiste en sumar a todo lo que ya hacemos otras actividades “más espirituales”. No se trata de “...y ahora, además de lo que haces, apártate de todo y ponte a rezar”. La espiritualidad ignaciana intenta ayudar a vivir la vida de una forma integrada. Integrar es marcar un horizonte claro en el proyecto personal de vida: un horizonte que da un plus de calidad y sentido a lo que se va haciendo, que ayuda a vivir reconciliado con uno mismo, con los demás y con la creación.

La espiritualidad ignaciana es un camino para mirar la vida de una manera nueva, agradecida, con ojos compasivos y comprometidos, con dosis de humor, de sentido común, de apoyo en los demás, de una lectura sabia de nuestro pasado para no tomarnos trágicamente el presente y vivir inspirando futuros. Esa es, en definitiva, la mirada de Jesús de Nazaret.

Un par de actitudes...

El **agradecimiento**. Una de las actitudes clave de la espiritualidad ignaciana es el agradecimiento. Ignacio invita constantemente a “dar gracias por todos los bienes recibidos”. Sin embargo, la actitud más frecuente en nuestro entorno es considerar que nos hemos ganado todo aquello que tenemos. Y cuando las cosas no salen como esperamos, sentimos que somos víctimas de alguna injusticia. Pero, ¡cuánto hemos recibido a lo largo de nuestra historia! Párate un momento a pensar: ¿qué has hecho para ser como eres?; ¿de dónde vienen los talentos que has ido empleando para tener la vida que tienes?; ¿por qué has nacido en un país rico y seguro?; si tienes hijos o hijas, ¿qué

has hecho para disfrutar de ese misterio que es dar vida? Nuestra vida, en el fondo, es un continuo regalo.

Si, al final del día, te detienes unos minutos para ver cómo ha ido la jornada, podrás ir descubriendo la cantidad de regalos que recibes: saludos, sonrisas, encuentros, abrazos, llamadas, comidas, la posibilidad de caminar, de respirar...En esto consiste el “examen ignaciano”. Ignacio nos invita a recorrer, en la propia vida, lo que hay de milagro y de fiesta, a saber gozar de las pequeñas bendiciones que marcan nuestros días, sin darlas por sentado ni asumirlas como un derecho incuestionable.

El ayudar. Esta es otra de las actitudes típicamente ignacianas. Lo que mueve a Ignacio y a la Compañía de Jesús es “ayudar a las almas”, “ayudar a los demás” diríamos hoy. Para Ignacio, el “ayudar” se convierte en el horizonte y la clave de integración en la vida. Un famoso dramaturgo inglés, Noel Crawford, se encontró una vez con un amigo al que no veía desde hacía mucho tiempo, y le dijo: “no tenemos suficiente tiempo para hablar de ambos, así que hablemos sólo de mí”. Quien vive en clave de “ayudar” da el protagonismo al “otro” en lugar de centrarlo en su “yo”. Ayudar requiere tener los sentidos abiertos para descubrir las necesidades de nuestro entorno e implica un respeto profundo por el ser humano y su libertad para decidir.

La vida tiene que ver con ir trenzando y construyendo una red de vidas alrededor. Tiene que ver con ir aprendiendo a compartir historias, proyectos, parte del camino. Tiene que ver con aprender a descifrar los anhelos y sueños de los demás, descubrir la diversidad y la posibilidad de comunicación entre nosotros. En buena medida, nos toca descubrir que no estamos solos. Que formamos parte de otras vidas, que dejamos huella en otras historias, del mismo modo que otras historias nos marcan también a nosotros y nos abren a nuevas alternativas.

Algunas preguntas para la reflexión...

Buscando crecer en lo interior.

¿Se facilitan en tu lugar de trabajo espacios para el crecimiento interior? ¿Se promueven estilos y ritmos que posibiliten ese crecimiento? ¿Se ofrece acompañamiento personalizado? ¿Existe un ambiente institucional que permite la expresión de personas que viven otras espiritualidades? ¿Se emplea el método de discernimiento orante? ¿Se explicita en la misión de la institución la espiritualidad de la que se nutre? ¿Medimos de alguna manera lo relacionado con el crecimiento en este aspecto?

Desde el agradecimiento y la generosidad.

¿Me siento agradecido o agradecida con la vida y con el trabajo que tengo? ¿Se vive en el centro de trabajo un clima de agradecimiento? ¿Se respira un espíritu constructivo o más bien de queja? ¿Soy persona generosa con mi tiempo? ¿Pongo todos mis talentos al servicio de las personas con las que me relaciono en la institución?

Desde la vida de Jesús...

- Lc 10, 38-42: “Marta, Marta, te preocupas y te inquietas por muchas cosas, cuando sólo una es necesaria.
- Mt 6, 25-34: “No os preocupéis por el día de mañana...a cada día le bastan sus problemas”.
- Mt 25, 14-30: “Inmediatamente, el que había recibido cinco talentos se puso enseguida a trabajar con ellos...”.

Capítulo 2: Instituciones contemplativas en la acción

Curiosamente, la expresión “contemplativos en la acción”, típicamente ignaciana, no es obra de san Ignacio. La acuñó uno de los primeros jesuitas, Jerónimo Nadal, para expresar la actitud vital de Ignacio que “sentía y contemplaba a Dios en todas las cosas, actividades y conversaciones”. La vida diaria, los rincones grises de lo cotidiano, se convierten así en lugar de encuentro con el Dios creador.

Esta fórmula no habla, como hemos dicho, de introducir “dosis” de contemplación en medio de la acción: no es esa la cuestión. Se trata de trabajar, actuar y vivir contemplativamente. Es un modo particular de situarse que requiere de una calidad interior y da también un alcance y una riqueza mayor a todo lo que la vida nos aporta.

Vivir contemplativamente es vivir respetando la realidad y las personas. No usurpando el protagonismo que tienen las cosas y las personas mediante nuestro autocentramiento, no poniéndonos como pantalla o muro contra el que se estrella todo aquello que nos es aportado; situándonos con atención, fijándonos en los detalles, valorando el gesto, sin prisa... Vivir contemplativamente nos descubre una vida completamente distinta y renovada.

En los *Ejercicios Espirituales* Ignacio invita a mirar el mundo con la mirada de Dios. Es una mirada universal; una mirada sensible al dolor y al sufrimiento y, por ello, generadora de misericordia; una mirada capaz de descubrir los signos de esperanza que, muchas veces sin brillo, existen en nuestras vidas y en nuestro mundo. Ser “contemplativos en la acción” implica aprender a mirar el fondo de las cosas, sin quedarnos en las apariencias o en la superficie. Es hacer frente a la vida tal y como es, con sus éxitos y derrotas.

La vida estilo Paris Hilton, siempre de fiesta en fiesta, no existe. Una vida apacible, plácida, absolutamente estable, sin subidas y bajadas, sin momentos de dicha y otros de llanto, sin heridas ni tropiezos, o no es real o es una vida construida en el interior de una burbuja. Porque lo cierto es que nos toca afrontar incertidumbres, retos, conflictos y contrastes. Luchas hay muchas. Lo importante es que, cuando toque pelear, o en esos momentos en que las batallas provocan heridas, no huyamos ni nos rindamos. Ignacio sabe que el Señor está acompañándonos en la vida, en lo bueno y en lo malo, en esos días en que tocamos el cielo y en aquellos en los que no nos levantaríamos de la cama. Vivir contemplativamente es saber que las manos de Dios, que nos han lanzado a la vida, no nos abandonan en el camino.

Quizá te estés preguntando cómo vas a vivir tú “contemplativamente” si esto de la fe no te dice demasiado. En el fondo, la clave está en buscar y hallar algo significativo que te ayude a trascender, a ir más allá de lo inmediato. Es tener algo significativo que dé fuerza al comenzar cada jornada y motivación cuando el camino se hace cuesta arriba. Algo que puede ser algún proyecto compartido, algún nombre de tu vida, alguna herida ajena que se vuelve tuya. Tus propios deseos de futuro, la familia que sueñas con construir o por la que tienes que luchar, un trabajo vivido como vocación, donde anhelas desarrollar capacidades, talentos, sueños... O algo al tiempo genérico y concreto, como la ciencia y sus preguntas, la justicia y sus rostros, la dignidad arrebatada a mucha gente que grita por volver a levantarse...

Ser personas contemplativas en la acción es mirar el mundo de manera comprometida y con cariño. Es generar a nuestro alrededor espacios de respiro y de esperanza. Tú,

nosotros, todos, estamos necesitados de una mirada que no nos condene, de un abrazo que no nos juzgue, de un hombro en el que poder apoyarnos. Ignacio siente que todo esto ocurre en medio de la realidad más profana de la vida cotidiana y profesional, en el campo de la educación, los negocios, la política o la acción social.

Un par de actitudes...

Acoger la debilidad. En este mundo, líbrenos Dios de los perfectos, que generalmente lo único que consiguen es perfeccionar la paciencia del resto. La debilidad es parte de nuestra humanidad. Es más, de muchas de nuestras heridas puede nacer una fortaleza diferente, más humana, más tranquila, más humilde. Muchas veces es desde nuestra propia experiencia de fragilidad, de limitación y de vulnerabilidad desde donde somos capaces de abrir la puerta al “otro”. Si nos anclamos en una supuesta perfección, caeremos fácilmente en la intransigencia, el juicio y la condena del vecino por sus manías, sus rarezas o sus flaquezas. Sin embargo, cuando se ven las grietas ajenas desde una realidad propia igualmente fragmentada y frágil, resulta bastante más fácil aceptar al otro con sus aciertos y sus fallos, sus estancias iluminadas y sus rincones oscuros.

Con una mirada que abre posibilidades. La contemplación es fuente de criterio y experiencia personal, de profundidad en el análisis, de libertad. Las personas contemplativas en la acción no dan por bueno, sin más, lo establecido, lo de siempre. Evitan los juicios apresurados, buscan alternativas y son capaces de ver posibilidades de mejora y crecimiento en situaciones que parecen sin salida. La contemplación afina nuestros sentidos para captar los matices y las posibilidades que nos ofrece la vida.

Algunas preguntas para la reflexión...

Mirada compasiva y comprometida.

¿A qué necesidades del mundo responde la misión de la institución? ¿Se ha efectuado un diagnóstico del entorno antes de elaborarla? ¿Se revisa de forma periódica para garantizar que sigue respondiendo a la actualidad? ¿Se deriva de esa misión la estrategia de la organización? ¿De qué forma contribuye la misión a mejorar las condiciones de vida de los colectivos más necesitados? ¿Se ofrecen experiencias de contacto con realidades de pobreza y exclusión a las personas que trabajan en el centro? ¿Hay interés por participar en ellas? ¿Se impulsa la colaboración con otras instituciones sociales y eclesiales?

Generadora de esperanza.

¿Existe un ambiente de trabajo constructivo y participativo? ¿Potencia la institución lo mejor de las personas? ¿Se aportan soluciones creativas a situaciones que parecen cerradas? ¿Se trasladan a la sociedad mensajes de optimismo y esperanza? ¿Cómo se viven las debilidades de la institución? ¿Hay espacios para compartir fragilidades institucionales y crecer juntos en humanidad?

Desde la vida de Jesús...

- Mt 5, 1-12: “Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”.
- Lc 10, 25-37: “Pero llegó un samaritano, que iba de viaje, y, al verlo, se compadeció de él”.
- Lc 8, 40-56: “Una mujer que padecía hemorragias desde hacía doce años y que había gastado en médicos toda su fortuna sin que ninguno pudiera curarla, se acercó por detrás...”.

Capítulo 3: Instituciones que comparten vida y misión

“Blanquea tus dientes...lo natural es cuidarse”, “Visita nuestro spa...porque tú lo vales”, “Ven a Dermo Clinic...te lo mereces”. La lista de anuncios podría seguir: esculpe tus glúteos, liposucciona tus michelines, moldea tus abdominales, opérate la nariz, elimina las bolsas de ojos... ¿Por qué no, si puedes pagártelo? Hace unos años *Queen* cantaba “Lo quiero todo, y lo quiero ya”. En esta sociedad del “yo”, a veces dramáticamente individualista, no resulta fácil hablar, pensar y sentir en plural. Pero esa es la lógica de Jesús de Nazaret. El Padre nuestro es una oración en plural; las bienaventuranzas son un canto profundo y valiente, también en plural; y la misión de Jesús es también misión compartida. De la misma manera, Ignacio de Loyola abandonó pronto sus sueños de ir solo y a pie para llevar a cabo su misión con otros.

Esta invitación a compartir vida y misión se hace a **todas las personas** que trabajan en las distintas instituciones de la Compañía de Jesús. Desde planteamientos diferentes y desde recorridos vitales diversos, formamos un grupo humano unido por una misión común que está llamado a ser signo de fraternidad en el propio trabajo diario. Esta dimensión comunitaria es, en sí misma, un planteamiento alternativo en nuestra sociedad. Y aquí radica también otra de las paradojas cristianas: que cuanto más nos vaciamos, más nos vamos llenando. Por cada caricia que damos sin esperar contrapartida; por cada gesto que trata de aliviar al compañero caído; por cada trozo compartido de pan, de paz, de palabra..., uno, sin buscarlo, va encontrando más sentido, más Vida en su vida, más comensales en la mesa compartida y más nombres en el corazón.

Los responsables de las instituciones jesuitas deberán trabajar por construir en el equipo sentimientos de pertenencia y promover un estilo de gobierno que favorezca la creación de una cultura compartida. Para ello es fundamental cuidar y acompañar a las personas en su incorporación, formación y promoción a lo largo de su vida profesional. Esta dimensión comunitaria de las instituciones es un elemento en sintonía con las ideas actuales de liderazgo y gestión. El liderazgo se refiere, en su esencia, a la capacidad de ilusionar, encaminar y cohesionar equipos, creando una cultura organizativa que busca compromisos colectivos en proyectos compartidos ilusionantes.

Al mismo tiempo, cada persona del equipo es responsable de asumir la invitación que recibe y contribuir a la construcción de la comunidad aportando sus talentos y su buen hacer. Responsables y equipos están llamados a dinamizar las opciones fundamentales de las instituciones, analizando las condiciones históricas y culturales en que se desarrolla la misión. Este trabajo, que los cristianos llamamos Reino de Dios, es el sueño de la gran familia humana sin injusticias ni exclusiones.

Un medio privilegiado para visibilizar y hacer realidad esta misión compartida son las llamadas **comunidades apostólicas**. Su objetivo es renovar y fortalecer la identidad y misión propias de la institución en cuanto institución jesuita, encarnada en las características propias del tipo de organización del que se trate. Aunque son comunidades que tienen su medio natural en el lugar de trabajo, están **llamadas a ser espacios para compartir vida**. Por eso crecerán compartiendo sus logros y sus fracasos (personales y colectivos), celebrando la fe, acompañando al resto del equipo de la

institución y acompañándose mutuamente. No son comunidades cerradas en sí mismas, sino abiertas a todas las personas que de una manera o de otra quieran colaborar. La colaboración es una gracia que se nos regala en este momento en perfecta coherencia con el modo jesuita de proceder.

Un par de actitudes...

La **amistad**. Decía Pedro Casaldáliga, el obispo de los pobres: “Al final del camino me preguntarán: ¿has vivido?, ¿has amado? Y yo abriré mi corazón lleno de nombres”. Vamos trenzando nuestras vidas con nombres, rostros, lugares...Nuestras vidas tienen que ver con ir aprendiendo a compartir historias, sueños, noches oscuras, parte del camino. Compartir misión es compartir algo importante de la vida. Los amigos, amigas y los compañeros de trabajo, con distintos grados de cercanía, pueden ayudarnos en el recorrido vital. Estas personas cercanas en el día a día nos sostienen en la adversidad y disfrutan con nuestras alegrías. Nos dan causas y motivos para luchar cuando deseamos que estén bien, que la vida les sonría, que vivan con dignidad y hondura...y a veces nuestra vida se compromete especialmente con ello. Aprendiendo, con ellos, a aceptar también lo limitado, lo incompleto, las porciones de fracaso en las historias. Vivimos en y para las relaciones, la comunicación y el encuentro.

La **disponibilidad**. Una vez le dijeron a san Ignacio: “Si ya hay otras órdenes religiosas con votos de pobreza, castidad y obediencia, ¿qué es lo específico de la Compañía de Jesús?” Y san Ignacio respondió: “lo diferente es la obediencia”. La obediencia o disponibilidad forma parte de la tradición jesuítica. No se trata de que las personas con responsabilidades digan cosas y las demás las cumplan sin rechistar. Eso es ceguera. Ignacio decía: “cuando entren en la cocina, obedezcan todos al cocinero. Y cuando estén en la enfermería, obedezcan al enfermero”. Se trata de fiarse de las personas que trabajan a nuestro lado, ya sean compañeras o directivas, de aprender a ponerse en sus manos, de darles un voto de confianza y no creer que lo sabemos todo. Se trata de cultivar la actitud interior de ver en las personas la acción creadora del Señor. Disponibilidad implica, por tanto, pobreza, sencillez, generosidad, humildad, corresponsabilidad.

Algunas preguntas para la reflexión...

Fomentando una cultura organizacional comunitaria.

¿Cómo se conjugan en la institución el respeto a la libertad y la autonomía de cada persona y el participar en un proyecto compartido? ¿Vivo mi trabajo como una cuestión estrictamente profesional o como un espacio para desarrollar mi “ser social”?

¿Qué valores tiene formulados la institución que busquen fomentar una cultura compartida y generar sentimientos de pertenencia? ¿Cómo se llevan a cabo esos valores: comisiones, equipos transversales...? ¿Están las personas disponibles para cambiar de tareas o puesto de trabajo si es necesario? ¿Se sienten cómodas las personas de la

institución trabajando en equipo o prefieren realizar sus tareas de manera individualizada?

¿Qué cauces de participación existen? ¿Qué porcentaje de las sugerencias que se hacen se materializan en acciones concretas?

Impulsando comunidades apostólicas.

¿En qué medida son la institución y la comunidad apostólica un espacio de trabajo en común entre jesuitas y laicas/os, con un aprendizaje por ambas partes y la creación de nuevas formas de colaboración y vinculación?

¿Hay en la vida de la institución lugares para compartir y celebrar, espacios en los que prima el “ser con”, la empatía, la amistad, el descansar y el disfrute de unos con otros? ¿Se practica el “discernimiento orante en común” y se buscan formas para adaptar esta herramienta a cada situación concreta? ¿Tiene la comunidad apostólica agenda propia?

¿En qué medida se integran las personas no cristianas en estas dinámicas? ¿Quedan excluidas y no se aprovechan así sus intuiciones, potencialidades y puntos de vista? ¿O, por el contrario, su participación hace que se pierda la dimensión creyente de la comunidad, transformándose en un equipo aconfesional más?

Desde la vida de Jesús...

- Mt 14, 13-21: “Dadles vosotros de comer...Sólo tenemos cinco panes y dos peces...”.
- Lc 5, 17-26: “...al no encontrar por dónde meter al paralítico, subieron a la terraza y, por el tejado, lo descolgaron con la camilla”.
- Lc 24, 13-35: “Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona los alcanzó y se puso a caminar con ellos”.

Capítulo 4: Instituciones en diálogo con el mundo

Ignacio de Loyola tuvo, en el siglo XVI, una gran intuición: para vivir una vida en el Espíritu no hacía falta retirarse a un monasterio ni alejarse del mundo. Esto fue, sin duda, algo novedoso porque hasta entonces la vida de los religiosos y religiosas estaba basada en la huída del mundo, la *fuga mundi*. Ignacio quiso romper con eso. El Padre Nadal lo expresó muy bien: “nuestra casa es el mundo”.

Esta expresión nos habla del mundo como hogar, como lugar que estamos invitados e invitadas a habitar compartiendo con el resto de la humanidad. La espiritualidad ignaciana es todo lo contrario a aquella famosa frase de Groucho Marx: “¡Paren el mundo que me bajo!”. Ignacio no quiere bajarse del mundo, quiere estar en él y abrazarlo porque sabe que este mundo está habitado por Dios.

El mundo que imagina Ignacio es un mundo diverso donde convive lo diferente y lo desigual. ¡Qué podríamos decir hoy! En nuestras propias familias encontramos un poco de todo: hijos con tatuajes, sobrinas con piercing...Paseamos por nuestras calles y vemos tiendas de chinos, peluquerías africanas, carnicerías árabes, fruterías latinoamericanas...Ya no hace falta viajar lejos para ver cosas exóticas. Hoy, más que nunca, podemos decir que nuestra casa es el mundo. ¿Cómo nos situamos ante toda esa realidad? Hay quien dice que, de entrada, hay dos maneras distintas de vivir el fenómeno de la diversidad. La primera está basada en el modelo “barra de helado”, que busca la homogeneidad, que todo sea igual y uniforme. La segunda es el modelo “paella”, en el que la mezcla de los diferentes ingredientes y sabores da la gracia final al plato.

El encuentro con una persona diferente supone riesgo pero sobre todo es fuente de posibilidades. El llamado interculturalismo es una propuesta y una apuesta vital, personal y colectiva, por reconocer la dimensión humana, religiosa, cultural, identitaria de los otros. Es un proceso que implica actitudes, valores, modos, comportamientos y formas de acercamiento teñidas de apertura, diálogo y confianza de todas las partes. El camino no es fácil y no sería honesto ocultar lo que todo esto tiene de desconfianza y sentimiento de pérdida. Pero el esfuerzo merece la pena. Ese encuentro enriquecerá nuestra propia identidad y fortalecerá lo que nos une.

La relación con el “otro” es una oportunidad única para encontrarnos a nosotros mismos. Estamos llamados a una pertenencia personal cada vez más amplia, hasta sentirnos parte del mundo entero. La gestión de la interculturalidad es uno de los desafíos más importantes para la nueva sociedad de la inmigración en la que vivimos. La convergencia de un abanico tan grande de identidades culturales en un mismo espacio geográfico y político demanda respuestas audaces de tal manera que la diversidad se entienda como una riqueza y no como un obstáculo que pueda entorpecer el curso normal de la vida de los hombres y las mujeres que conviven en un mismo espacio social.

Reconocer nuestra diferencia nos enriquece y compartirla nos robustece. Pero no sólo es importante respetar y aceptar la cultura diferente. Se trata de algo más arriesgado y generoso: la integración y el reconocimiento de que la otra cultura es un valor que

ayuda a construir la propia. Estamos invitados a ser personas de mirada amplia y universal y a integrar en la sinfonía de nuestras vidas melodías distintas que nos ayuden a descubrir la riqueza de nuestra existencia. Es necesario pasar de la idea de dominio a la de la gestión de la diversidad cultural como oportunidad y desafío.

La riqueza que genera el encuentro intercultural no es folclórica, es riqueza de horizonte de sentido, de aprender a mirar e interpretar la vida con nuevas categorías. Requiere no sólo buenas intenciones y mucho corazón, sino también prácticas, actitudes y experiencias- contacto. Estas pueden ayudar a gestionar la diversidad desde la madurez y desde el contraste crítico con nuestras formas personales de ser y hacer en el día a día.

El reto es no descafeinar la propia cultura. No se trata de mezclar lo propio y lo ajeno dando lugar a un tercer producto. Se trata de integrar evitando que cada cual pierda su esencia personal y original. Existe el peligro de que el mestizaje, el diálogo o el pluralismo cultural degeneren en relativismo, en el que todo tiene el mismo peso y no queda clara la defensa de ciertos valores esenciales. Cuando se produce la quiebra de esos valores, el grupo se desmoraliza y pierde su personalidad y su contribución a la sociedad y al mundo. ¿Qué aceptar y qué rechazar de una cultura o de otra?, ¿cómo adaptarse? En eso consiste el ejercicio ignaciano del discernimiento.

Un par de actitudes...

La acogida. Es la actitud de valorar lo bueno y positivo de los demás, sin prejuicios ni condenas previas. El mundo de la migración está lleno de prejuicios. Aquí van algunos ejemplos: “los inmigrantes están colapsando nuestro sistema sanitario”, “la inmigración ha aumentado la delincuencia”, “los inmigrantes quitan puestos de trabajo”. Nada de esto es cierto. Frente a actitudes de recelo y rechazo, estamos llamados a llevar al mundo un poco de calor, palabras de acogida y alivio. Todo eso, por supuesto, sin ingenuidad, con lucidez. Habrá momentos en los que será necesario denunciar actitudes o comportamientos que no encajan con unos mínimos valores democráticos compartidos.

La empatía. Se trata de ponerse en el lugar de la persona que tenemos delante, de intentar comprender su punto de vista y salir a su encuentro. El encuentro es verdaderamente el único modo de superar las dificultades que tenemos para abrirnos a los otros. Sin encontrarnos, todo resulta teórico. La espiritualidad ignaciana se sostiene en un Dios que habita y trabaja en todas las criaturas. Las diferentes culturas son un bien en sí mismas, porque, entre otras cosas, permiten a los individuos expresar su espiritualidad y manifestar su personalidad única.

Algunas preguntas para la reflexión...

Obras abiertas al mundo, en diálogo.

¿Se cultiva, en la obra, el respeto a lo diferente? ¿Hay miedos a expresar ideas o sentimientos? ¿Son sensibles los equipos a la diversidad de la sociedad en cuestiones culturales, religiosas o de género? ¿Cómo se trabaja la capacidad para enriquecerse con

la diferencia o para tolerar lo distinto? Junto al diálogo, ¿se explicitan los valores del Evangelio como propuesta radical de humanidad? ¿Se trabaja para que la obra refleje con claridad la misión y la identidad de la Compañía de Jesús? ¿Qué pasos concretos se dan en esta dirección?

Obras que aprecian la realidad cultural.

¿Se reconocen y aprecian las diferentes realidades culturales de nuestra sociedad, con especial interés por la cultura en euskera? ¿Se potencia la inculturación en la lengua y cultura vascas, teniendo en cuenta las peculiaridades de cada lugar? ¿Se es especialmente sensible con otras minorías?

Desde la vida de Jesús...

- Jn 4, 1-45: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?”.
- Mt 15, 21-28: “Una mujer cananea salió gritando... ¡Mi hija está atormentada por un demonio!...”.
- Mc 9, 38-41: “Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y se lo hemos prohibido porque no anda con nosotros”.

Capítulo 5: Instituciones que trabajan por la reconciliación

La *Fórmula del Instituto*, es decir, la Regla fundamental de la Compañía de Jesús, dice que una de las misiones principales de los jesuitas es “reconciliar desavenidos”. Desde los orígenes de la Compañía, miles de jesuitas se han dedicado a la tarea de la reconciliación. Se sabe que Ignacio y los primeros compañeros fueron capaces de reconciliar familias enemistadas, pueblos divididos y hasta curas enfrentados a sus obispos. La última Congregación General de la Compañía de Jesús, celebrada en 2008, insiste en que la tradición de los jesuitas de tender puentes, superando las fronteras, es algo crucial para el mundo de hoy, rasgado por la violencia, la lucha y la división.

La reconciliación refleja, entre otras cosas, que somos seres rotos. Tú, que lees, eres una persona rota. Y cada uno de nosotros, que escribimos, somos también seres rotos. Las rupturas son algo personal e íntimo. Cada persona tiene las suyas. A veces esa ruptura llega de golpe y sin avisar en forma de enfermedad. O se llama soledad, o problemas de pareja, o con los hijos, o en el trabajo. O son esos sueños que se nos han venido abajo, o problemas económicos...Las rupturas son algo personal, pero también las hay colectivas. No hay comunidad ni colectivo humano que no viva, de una manera o de otra, algún tipo de conflicto. Y nuestro pueblo, el País Vasco, Euskadi, Euskal Herria o como queramos llamarlo, tiene también el suyo. Somos, como otros, un pueblo roto. Roto por el terrorismo, por la violencia, por la división, por la tortura, por el sufrimiento. ¡Cuántas lágrimas, cuánto dolor hemos visto y vivido! Esa es parte de nuestra realidad.

Hoy, como ayer, “reconciliar desavenidos”, trabajar por la paz, sigue siendo una misión clave para cualquier institución de la Compañía. ¿Puede ayudarnos en algo tanta herida? El encuentro que narra el Evangelio entre Jesús y Tomás nos invita a soñar con esa reconciliación. Tomás está ausente cuando Jesús se aparece por primera vez a sus discípulos y, a pesar de que ellos le cuentan que Jesús ha vuelto, Tomás no se lo cree. Sólo si él mismo puede ver a Jesús y tocar sus heridas se lo creerá. Ocho días después, Jesús se aparece de nuevo a sus discípulos y Tomás está presente. Y Jesús le invita a tocar sus heridas. Tomás hace después una conmovedora profesión de fe: “¡Señor mío y Dios mío!”. A veces somos demasiado duros con la incredulidad de Tomás, pero Jesús, en lugar de echarle la bronca, le invita a tocar sus heridas. A través de ellas se produce el milagro de la reconciliación.

En nuestra tierra, en el País Vasco, Euskadi, Euskal Herria o como queramos quererla, las heridas pueden ser también instrumentos de reconciliación. Las víctimas llevarán siempre las heridas de su sufrimiento, como Jesús. Ni pueden ni tienen por qué ocultarse. Sin embargo, esas heridas pueden reconciliar y dar vida. Las heridas nos comprometen, nos empujan a no permanecer indiferentes. Las heridas nos invitan a ponernos en lugar de la otra persona, a hacer un poco nuestro su dolor. Las heridas son una invitación a vivir desde la vulnerabilidad, a ser conscientes de nuestra fragilidad personal y comunitaria. Y son también señal de esperanza, de que la reconciliación es posible.

Somos seres rotos. Es verdad. Pero eso no es lo último ni lo definitivo en nuestras vidas. Más importante que nuestra condición de seres rotos es la de ser seres bendecidos y amados. En eso creemos los cristianos. En que las manos de Dios, que nos han traído a esta vida, nos sostienen, nos contienen, y nos esperan al final del camino. Porque creemos que el espíritu de Dios nos habita, que no todo depende de nosotros, podemos soñar con la reconciliación.

Un par de actitudes...

El perdón. Perdonar no es olvidar, ni significa que no haya justicia para los culpables, eso es impunidad. El perdón consiste en recordar, pero de manera distinta, sin quedarnos rehenes del pasado. Se trata de poder superar la toxina que contienen las memorias de violencia y opresión, de no dejarse dominar por ella. El perdón y la reconciliación transforman nuestras vidas. Nos sacan del resentimiento y la amargura del pasado para lanzarnos a afrontar libremente un futuro nuevo. El perdón nos hace protagonistas de nuestra propia historia y nos da el poder para cambiar las cosas. El perdón tiene que ver con el pasado, tiene que ver con cómo queremos vivir el presente y cómo soñamos el futuro.

El diálogo. El diálogo es, sin duda, otra de las actitudes esenciales en la espiritualidad ignaciana. Para Ignacio el diálogo está ligado al proceso de conversión. Exige abrir una fisura en la autosuficiencia de las personas y comunidades respecto de sus propias convicciones, para iniciar un camino de descentramiento. El diálogo implica acercamiento, ponerse en el lugar de la otra persona y superar desconfianzas recíprocas. El diálogo implica también prudencia, medida y desprendimiento. Dice Ignacio en los Ejercicios: “piense cada uno que tanto se aprovechará cuanto más saliere de su propio amor, querer e interés”.

El diálogo en profundidad requiere que cada parte sea consciente de su propia identidad y de su “sentido de pertenencia” en un marco de pluralidad. En nuestro contexto más cercano podemos sentirnos más o menos vascos, españoles, navarros,... con sensibilidades exclusivas o compartidas, pero somos algo más que diversas identidades forzadas a coexistir. Somos una comunidad llamada a crecer superando la fragmentación y enriqueciéndose con el diálogo político, social y cultural.

Algunas preguntas para la reflexión...

Instituciones que buscan la reconciliación.

¿Cómo se gestionan los conflictos en nuestras instituciones? ¿Qué prácticas de “reconciliación de desavenidos” empleamos? ¿Se practica y vive la actitud del perdón? ¿Cómo acogemos y acompañamos a las víctimas? ¿Qué aprendemos de ellas? ¿Qué acciones concretas realizamos en el terreno de la educación para la paz? ¿Somos tajantes en la condena al terrorismo? ¿Somos valientes para denunciar? ¿Oramos por la paz?

Instituciones abiertas al diálogo.

¿Cómo se gestiona en nuestras instituciones la diversidad política? ¿Se respira un clima de diálogo, de descentramiento? ¿Cómo está garantizada en nuestras obras la diversidad de pertenencias? ¿Hay espacios para compartir la diferencia?

Desde la vida de Jesús...

- Jn 20, 19-29: “Paz con vosotros. Después dice a Tomas: Mete aquí el dedo y mira mis manos...”.
- Jn 8, 1-11: “Aquel de vosotros que no tenga pecado que tire la primera piedra”.
- Lc 7, 36-50: “Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. Al que se le perdona poco ama poco”.

Conclusión

Ya está bien de palabras. Sólo un par de avisos finales. El primero: haz con este documento como con las bolsas de plástico. Por favor reutilízalo o pásaselo a otro para que lo aproveche. Y el último: ¡gracias por llegar hasta aquí!